

SOBRE LA PARTE NO VISIBLE DE LA TÉCNICA

«Como la piedra cuando se va más llegando a su centro», escribe Juan de la Cruz al abrir el comentario de la canción XI del *Cántico espiritual*. Sí, la piedra: la piedra y el centro. Y el camino y el tiempo [...] que para ese allegarse median.

José Ángel Valente

Nos ha ocurrido a todos. De repente, al observar el movimiento del maestro, nos ha sobrevenido una intuición extraña, muy parecida a la incredulidad pero que implica cierta desazón: el resultado de saber que algo minúsculo se escapa. A veces ni siquiera nos llegamos a dar cuenta hasta que no intentamos imitar los movimientos del sensei, momento en el que comprendemos cuál es la verdadera magnitud del contenido no visible de la técnica. Como podréis averiguar si preguntáis a los alumnos superiores de la escuela, esta sensación se ve multiplicada en cuanto empiezas a ejercer de uke del maestro y llega a cotas sorprendentes cuando, al practicar en grupo, descubres que se trata de un lugar común en el entrenamiento y que –igual o incluso más intensamente– ni un solo compañero lo ha dejado de notar.

La pregunta no tarda en florecer en la cabeza de ningún alumno interesado y, si verdaderamente se preocupa por su Aikido, tarde o temprano abordará al maestro: ¿cuál es el secreto de la técnica? –preguntarán entonces los que menos saben– o ¿qué fallo cometemos al ponerla en práctica? Como es lógico, en un primer momento el maestro acudirá al alumno y le dará instrucciones: mejora tu postura, evita dualizar los movimientos, actúa en el momento de actuar, pide a tu compañero que te indique, etc. Pero llegará un momento en que el sensei, habiendo corregido todos o la mayoría de los defectos de su alumno, diga: ahora toca practicar. Y entonces el alumno puede no entender, porque aunque sume todos los consejos y las “piezas” tal y como el sensei le dice con palabras, su técnica seguirá exenta de ese algo que vertebra el movimiento del maestro. Entonces el alumno preguntará otra vez y el maestro le repetirá: *practica*.

No existe otro camino en el Aikido –ni, supongo, en ningún arte marcial–. En este sentido –y solo en este– la técnica es como una piedra; en un principio es grande y permanece aún por devastar, pero a medida que va rodando y que recorre simas y senderos comienza a hacerse más y más pequeña, dejando en el camino los terrones que pudiera contener o que se hubieran adherido en superficie. Más tarde, siendo solo piedra (es decir, en el momento en el que se han depurado la mayoría de los errores de postura, tiempo y unidad), continuará rodando sin descanso y, en la medida en que el camino que recorre sea más o menos escarpado, sus puntas y sus ángulos irán desvaneciéndose hasta que la piedra adquiera su textura verdadera. Por último, cuando el momento llegue, caerá al río; y entonces, bajo la caricia cada vez más fina de las aguas, irá perdiendo todas las aristas que quedasen hasta convertirse en una roca suave, casi pura e, inevitablemente, hermosa.

Alguien que no hubiese comprendido esta parábola pudiera discutir: pero en tanto que la piedra va empuqueñeciéndose, va acercándose a la destrucción, porque llegará un momento en que ya no quede piedra para desbastarse, y entonces la piedra desaparecerá: lo mismo sucede con la técnica. En ese planteamiento hay un error; la piedra, en tanto que se perfecciona y mengua, se encuentra cada vez más cerca de su centro. Así, a medida que la piedra vaya reduciendo su tamaño y siga indetenida hacia su perfección, hacia su *hara*, irá volviéndose sutil –más que pequeña– hasta que llegue a ser tan complicada de observar que nos parezca inexistente. Es esto exactamente lo que ocurre con la técnica y su lado no visible. Es nuestro desconocimiento –la poca precisión de nuestra vista– el que nos ciega a ver la técnica en su estado más sublime, la técnica en estado de unidad

consigo misma y con el centro, tal como indica el mismo nombre del AIKIDO.

Juan F. Rivero

NOTA:

* José Ángel Valente (1929–2000) fue, tal vez, el mejor poeta español de la segunda mitad del siglo XX. A lo largo de su vida estudió no solo literatura, sino también filosofía y teología, poniendo una gran atención en el budismo hindú y en sus derivaciones extremo-orientales, así como en las vertientes poéticas de la mística judaica, islámica, cristiana y budista (tanto clásica como zen). El fragmento que se cita pertenece a un ensayo titulado *La piedra y el centro*, recogido en una colección homónima de 1982.